

NEW LEFT REVIEW 132

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO-FEBRERO 2022

ARTÍCULOS

RAHMANE IDRISA	El Sahel: un mapa cognitivo	7
PERRY ANDERSON	La Gran Bretaña de Edgerton	45
KHEYA BAG Y SUSAN WATKINS	Estructuras de opresión	61
JULIAN STALLABRASS	Cálculo sublime	95
DYLAN RILEY	Respuesta a Harvey	103
DAVID HARVEY	Réplica a Riley	113
PATRICIA MCMANUS	Una nueva crítica literaria	123
ALAIN SUPIOT	El error de Foucault	143

CRÍTICA

TOM MERTES	El modelo de Pittsburgh	161
TOR KREVER	Las almas enfrentadas del liberalismo	170

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

SUSCRÍBETE

ts
d traficantes de sueños



DYLAN RILEY

¿FUNCIONALISMO CAPITALISTA?

*En respuesta a «Proporción y magnitud»,
de David Harvey*

EN «PROPORCIÓN Y magnitud» (NLR 130), el eminente urbanista marxista David Harvey trata de explicar algunas de las dinámicas estructurales básicas que distinguen al capitalismo contemporáneo del que hubo antes, demostrando al mismo tiempo la continua relevancia de las reflexiones de Marx contenidas en los *Grundrisse* a la hora de emprender esta tarea¹. Ningún tema podría tener mayor importancia para la izquierda, ya que cualquier estrategia política destinada a transformar o incluso reformar el capitalismo debe partir de una comprensión de la dinámica real del sistema. La cuestión es: ¿hasta qué punto logra Harvey su propósito?

En «Proporción y magnitud» se plantean dos cuestiones básicas. En primer lugar, ¿cómo debemos interpretar la «tendencia a la baja de la tasa de beneficio»? En segundo, ¿cómo responden los capitalistas a esta tendencia para contrarrestarla? Esta última cuestión es la que ocupa a Harvey en la mayor parte de su texto. Con respecto a la primera, sostiene que la tendencia a la caída de la tasa de beneficio se debe a la creciente cantidad de capital constante –trabajo indirecto o «muerto»– invertido en instalaciones y equipos, así como en otros insumos no laborales, en relación con la cantidad invertida en trabajo directo (o «vivo»). El término técnico marxiano para describir este hecho es la «composición orgánica creciente del capital». Para Harvey –aunque su presentación es algo elíptica–, la disminución de la proporción de dinero (valor de cambio) invertido en trabajo en comparación con el invertido en instalaciones y

¹ David Harvey, «Proporción y magnitud. Perspectivas desde los *Grundrisse* de Marx», NLR 130, septiembre-octubre de 2021.

equipos supera al aumento de la «tasa de explotación», es decir, la proporción del excedente (o beneficio) con respecto al salario. Como dice Harvey, «la búsqueda competitiva de ventajas tecnológicas tiende a eliminar la fuerza de trabajo de la producción, esto es, la fuente del valor y del plusvalor (beneficio) en la teoría marxista. Una incorporación reducida de trabajo humano significa, *ceteris paribus*, que se produce menos plusvalor, lo que se traduce en una tasa de beneficio decreciente»². Se trata, en definitiva, de una traducción directa de la teoría del valor-trabajo en su interpretación ortodoxa, que Harvey aplica para explicar la tendencia a la baja de la tasa de beneficio.

Sin embargo, hay un problema evidente con esta idea. Si existe una relación directa entre el aumento de la composición orgánica del capital y el *descenso* de la tasa de beneficio, esto parece implicar que las empresas más atrasadas tecnológicamente –las que tienen menos capital invertido en instalaciones y equipos supuestamente no productivos– tendrían la tasa de beneficio más alta. Por la misma razón, las empresas con los costes salariales más elevados en comparación con sus gastos en instalaciones y equipos deberían ser las más rentables, porque tendrían una mayor proporción de sus inversiones dedicadas al trabajo productivo y menos inversiones fijas no productivas. Dicho de otro modo, el problema de la formulación es que implica que las industrias que experimentan un cambio técnico relativamente rápido –el cual implica un aumento relativamente rápido de su composición orgánica de capital– tienden a ver caer sus tasas de beneficio en comparación con las que experimentan un cambio técnico más lento y una relación capital-trabajo de crecimiento más pausado. Esto implicaría que la inversión capitalista, que comúnmente se entiende que entraña un progreso técnico, reduciría la tasa de beneficio.

Si esta supuesta relación se mantuviera en el mundo real, sería difícil entender por qué un determinado capitalista habría de invertir en nuevas instalaciones y equipos, ya que ello solo reduciría la tasa de beneficio. Harvey aduce la «búsqueda competitiva de la ventaja tecnológica», pero no explica cuál es el significado de esta búsqueda competitiva, específicamente no explica cómo y por qué habrían de producirse nuevas inversiones que incorporasen una mayor tecnología y mayores composiciones orgánicas de capital (ratios K/L). Es de suponer que lo que buscan los capitalistas es el beneficio. ¿Por qué deberían invertir en introducir

² *Ibid.*, p. 82.

mejoras técnicas, si tales inversiones perjudicasen sus beneficios? Una respuesta podría ser que, si bien la composición orgánica del capital reduce la tasa de beneficio de todo un sector industrial, no necesariamente reduce la tasa de beneficio de empresas concretas pertenecientes a ese sector. Pero, si el aumento de la composición orgánica del capital hace bajar los beneficios en el sector, ¿por qué no habría de funcionar el mismo mecanismo a escala de una empresa? Y a la inversa: si, contrariamente a la hipótesis de Harvey, un aumento de la composición orgánica del capital elevara la tasa de beneficio de una empresa concreta, presumiblemente como resultado de la adopción por parte de esa empresa de una técnica nueva y más productiva, es difícil comprender por qué el sector industrial en su conjunto no habría de emularla, adoptando esa nueva técnica y manteniendo una composición orgánica del capital en aumento para experimentar una tasa de beneficio creciente. Nada de esto se aclara —ni siquiera se aborda— en el ensayo de Harvey. Tal vez no resulte sorprendente que Harvey no aporte ninguna prueba de que el mecanismo que describe funcione efectivamente en el mundo real. De hecho, si llegara a demostrar que es cierto empíricamente, daría un vuelco a generaciones de teoría e investigación económicas, así como al sentido común. Si Harvey tuviera razón, las decisiones de inversión de los capitalistas serían, en el mejor de los casos, inescrutables y, en el peor, ilógicas.

Aumento de la masa de trabajo

Harvey sostiene que la caída de la tasa de beneficio impulsada por la tendencia al aumento de la composición orgánica se ve contrarrestada por tendencias contrarias. La pregunta que hay que plantear, por lo tanto, sería la siguiente: ¿cuáles son las consecuencias de estas contrariedades en la interpretación que hace Harvey de la teoría? Su primera afirmación a este respecto, y de hecho su contribución más original, es que los capitalistas responden a la disminución de la tasa de beneficio contratando a más trabajadores, con el objetivo de compensar la caída de la «proporción» del beneficio mediante un aumento de la «magnitud» del beneficio. Así, al aumentar el número absoluto de trabajadores empleados, aumentan la cantidad total de valor y, a su vez, de plusvalor. Esto es lo que Harvey quiere decir con el título del artículo, «Proporción y magnitud». Sostiene Harvey que, «de acuerdo con Marx, la disminución de la tasa de beneficio desde la década de 1970 debería haber estimulado la búsqueda de una masa creciente de trabajo asalariado» y, en su opinión, esto es exactamente lo que ocurrió. «De hecho, la población activa

asalariada global ha aumentado desde alrededor de dos mil millones de personas en 1980, hasta aproximadamente tres mil millones en la actualidad³. Esta es una idea bastante sorprendente. En manos de Harvey, la «contratendencia» ya no significa una «contratendencia» a la tendencia a la baja de la tasa de beneficio, sino un intento de recuperar las pérdidas en la «tasa de retorno» mediante una expansión de la masa de plusvalor

En cuanto a la definición –qué significa «tendencia opuesta o compensatoria»–, no está claro cómo una expansión del número absoluto de trabajadores empleados, a un nivel dado o creciente de composición orgánica del capital, podría constituir una contratendencia respecto a la *tasa* de beneficio decreciente. En efecto, no puede suponerse que la simple adición de más valor mediante la adición de más trabajo sostenga la tasa de beneficio, sino solo la masa de beneficio. Por ofrecer un ejemplo mundano, si uno tiene diez caramelos M&M rojos en una bolsa de cincuenta, y cien de esos caramelos en una bolsa de quinientos, la *proporción* de M&M rojos en relación con el resto sigue siendo exactamente la misma.

No se trata de una mera cuestión escolástica, ya que en manos de Harvey la distinción entre la tasa de beneficio y la masa de beneficio se convierte, al menos implícitamente, en el fundamento de una nueva explicación del comportamiento de los capitalistas, que, a su juicio, compensan la disminución de la tasa de beneficio buscando un mayor número absoluto de trabajadores para emplear, aumentando así la masa de beneficios. Es difícil exagerar lo extraño de esta idea. Harvey está sugiriendo que, ante la disminución de la rentabilidad, los capitalistas probablemente responderán *expandiendo* el empleo. Pero, ¿qué teoría del comportamiento capitalista se esconde detrás de esta noción? La única explicación plausible es que los capitalistas, en el universo de Harvey, actúan *según la teoría del valor-trabajo*. Conscientes de que el trabajo es la fuente del valor, responden a una caída de la tasa de beneficio contratando a más trabajadores. Ellos son, en ese sentido, harveyanos.

Aparte de la peculiar explicación implícita de lo que motiva el comportamiento capitalista, la posición de Harvey contradice una enorme cantidad de evidencias que demuestran que la disminución de las tasas de beneficio durante las recesiones cíclicas conduce generalmente a dos tipos de respuestas. En primer lugar, se producirá una desaceleración de la inversión y de la acumulación. La creación de nuevas empresas se

³ *Ibid.*, p. 87.

desacelerará, al igual que la expansión de las empresas existentes. En segundo lugar, se intentará prescindir de mano de obra, al tiempo que se intensificará la disciplina laboral de los trabajadores que permanezcan empleados. Ambos procesos conducirán probablemente a una contracción, y no a una expansión, del empleo. Sin embargo, Harvey afirma que, al menos en el periodo comprendido entre «1980 y la actualidad», hemos sido testigos exactamente de la dinámica contraria. Esta afirmación corre en contra de casi todos los hechos conocidos de la historia económica bajo el capitalismo, incluyendo en gran medida los últimos cuarenta años.

¿Y qué decir de la tesis de Harvey según la cual, globalmente, se ha verificado un aumento del número total de trabajadores asalariados desde 1980? Esto no es una consecuencia de que los capitalistas hayan tratado de recuperar sus tasas de retorno –aunque ello tuviera sentido en términos lógicos– contratando a más trabajadores. Se trata, en realidad, de una expresión del desarrollo desigual del capitalismo. Es evidente que durante las décadas de 1990 y 2000 se ha producido el ascenso de Asia, primero en los denominados países recientemente industrializados y luego en China. Estos nuevos capitalistas, obviamente, contrataron a trabajadores, ampliando así el número de trabajadores asalariados a escala mundial, pero este proceso no tuvo nada que ver con el mecanismo propuesto por Harvey, que postula, como decíamos, que los capitalistas respondieron a la caída de las tasas de retorno contratando a más trabajadores. Y, sobre todo, la expansión de la fuerza de trabajo mundial no contrarrestó la baja rentabilidad, sino que, por el contrario, agravó el problema al aumentar la competencia.

El uso del capital fijo como «sumidero»

Harvey sostiene que los capitalistas contrarrestan la caída de la tasa de beneficio no solo aumentando el empleo, sino también mediante la sustracción del capital fijo de la producción, incrementando así la tasa de beneficio al reducir la cantidad de capital (en el denominador) frente a la cantidad de beneficio (en el numerador). A esto lo llama utilizar el capital fijo como «sumidero». Según sus palabras, «el valor de uso del capital fijo se desvía así de contribuir a la promoción del incremento de la productividad del trabajo para ayudar a absorber la masa excedente de producción y de trabajo producido por el capital»⁴. Aquí, lo que se propone es la inversión despilfarradora. De hecho, esta noción de que la reducción del capital

⁴ *Ibid.*, p. 97.

fijo aumenta la tasa de beneficio es simplemente la otra cara de la opinión de Harvey de que la expansión del empleo sería una respuesta racional a la disminución de la rentabilidad. Pero, como es lógico, también en este caso Harvey tiene un problema para explicar *por qué* los capitalistas habrían de actuar así. Vale la pena considerar los ejemplos que aduce.

El primero de ellos es el desarrollo inmobiliario de Hudson Yard en Nueva York, cuya función, en opinión de Harvey, es absorber la inversión que de otro modo se dedicaría a la producción y exacerbar la tendencia a la caída de la tasa de beneficio. Este desarrollo inmobiliario se erige «como un monumento a la necesidad de crear una fuerza compensatoria a la caída de la tasa de beneficio mediante la absorción de tanto capital y trabajo excedente como sea posible en la producción de la urbanización sin sentido». El segundo ejemplo de Harvey es un fracasado desarrollo inmobiliario en Ciudad Real, centro urbano situado al sur de Madrid, cuyo nuevo y vasto aeropuerto «se basaba en la fantasía de atraer futuros desbordes del congestionado actual aeropuerto madrileño»⁵.

Aquí, incluso más que en el caso de la expansión del trabajo asalariado, el relato de Harvey sobre lo que motiva a los capitalistas a desempeñar la función de aumentar la inversión derrochadora es difícil de entender. Es importante prestar mucha atención al lenguaje de Harvey en este punto. ¿Por qué califica precisamente esas inversiones, más que cualquier otra inversión en el capitalismo, como «sin sentido» y «basadas en la fantasía»? Porque su propósito, en opinión de Harvey (y tal vez este propósito permanezca oculto para los inversores involuntarios que las llevan a cabo), es, de hecho, un *despilfarro*. Lo cual parece dejarnos solo dos opciones para explicar estas inversiones aparentemente irracionales: o bien los inversores son insensatos fantasiosos, que creen que sus inversiones tendrán los efectos que prevén, o bien –aún más inverosímil– son altruistas de clase, que desperdician a conciencia sus inversiones para reducir la composición orgánica del capital y aumentar la tasa de beneficio y de este modo mantener el sistema funcionando sin problemas. Si la segunda respuesta es la correcta, es de suponer que los capitalistas actúan de nuevo como buenos harveyanos, dispuestos a sacrificar su propio bienestar financiero para alejar la amenaza de la caída de la tasa de beneficio. (Hay que reconocer que resulta difícil decir exactamente qué teoría del comportamiento capitalista opera aquí, ya que el funcionalismo implícito de Harvey le permite eludir estas cuestiones).

⁵ *Ibid.*, p. 100.

Parece que se nos ofrece una explicación más directa. Los capitalistas no invierten en el sector inmobiliario irreflexivamente, ni tampoco porque sean esclavos de fantasías. No actúan por un impulso altruista de «despilfarrar» el capital fijo y así disminuir la composición orgánica del capital. Si están poniendo su dinero en el sector inmobiliario es porque esperan una tasa de retorno más alta que la que obtendrían de otras inversiones.

Por último, Harvey se refiere al aumento del crédito y a la financiarización como el tercer mecanismo que evita la caída de la tasa de beneficio. Nos dice que, aunque la literatura sobre la financiarización «es muy informativa», hay una falta de comprensión de «por qué, en vez de cómo, se produjo la financiarización»⁶. ¿Por qué, en su opinión, se ha producido? Para Harvey, este fenómeno «tiene mucho que ver con el papel cada vez más importante del capital fijo y de la formación del fondo de consumo en la absorción y eliminación de los excedentes de capital y de mano de obra inactivos en la década de 1970». Invocando la autoridad de Marx, afirma que el auge de las finanzas se debió «en gran medida a la necesidad de encontrar formas de promover la formación de fondos de consumo y de capital fijo para absorber y eliminar la masa creciente de capital y fuerza de trabajo derivadas de la producción capitalista y de hacerlo de forma que compensase la caída de la tasa de beneficio»⁷. Así, al igual que las inversiones en capital fijo, la financiarización es también una forma de retirar cierta cantidad de capital de la producción y, por lo tanto, de restaurar la rentabilidad. Pero en lo que respecta al «porqué» de la financiarización –aquello que explica su aparición y su crecimiento– el relato de Harvey es opaco. Parece que el giro hacia las finanzas se produjo por la necesidad de que el capital desperdiciara una cantidad suficiente de inversión potencial para reducir la composición orgánica del capital. Pero, de nuevo, esto plantea la cuestión de por qué los capitalistas son tan buenos harveyanos.

Hacia una alternativa

Hasta ahora, este artículo ha ofrecido sobre todo un análisis crítico de los argumentos de Harvey. ¿Es posible un relato alternativo? De ser así, su punto de partida deberá ser necesariamente la situación competitiva y la búsqueda de beneficios a la que se enfrentan todos

⁶ *Ibid.*, p. 106. El intento de distinguir entre «por qué» ocurrió algo y «cómo» ocurrió nunca ha estado claro para este autor.

⁷ *Ibid.*, p. 107.

los capitalistas. Oskar Lange expuso este punto muy claramente en el contexto de su discusión sobre la ralentización del dinamismo del capitalismo en general. «En un régimen competitivo, dotado de la función paramétrica de los precios» –es decir, con precios no distorsionados por los monopolios– «y con la libre entrada de nuevas empresas en cada industria, los empresarios e inversores *deben* someterse a las pérdidas y a la devaluación de las antiguas inversiones resultantes de las innovaciones, ya que no hay posibilidad de contrarrestarlas»⁸. Robert Brenner ha aplicado la idea de Lange directamente a la cuestión de la tasa de beneficio decreciente. La tasa de beneficio disminuye, porque los capitalistas seguirán aguantando mientras puedan alcanzar «al menos la tasa media de beneficio de su capital circulante»⁹. Así pues, es probable que un enorme exceso de capital fijo anticuado lastre todo el sistema y su rentabilidad, a menos que alguna conmoción exógena –la principal es la guerra– lo elimine.

Esta explicación parece tener varias ventajas sobre la de Harvey. En primer lugar, se limita a asumir que los capitalistas se guían principalmente por la obtención de beneficios y no parte de la extraña premisa según la cual los capitalistas son todos, de hecho, criptomarxianos ortodoxos, que toman sus decisiones de inversión de acuerdo con la teoría del valor-trabajo. En segundo lugar, no se basa en la idea de que los capitalistas están motivados por la rentabilidad del capitalismo como sistema y no por sus propios beneficios. Este es un punto crucial, porque a menudo se olvida que a los capitalistas no les interesa en absoluto el capitalismo considerado en sí mismo, sino por el contrario, la rentabilidad. Si los capitalistas arriesgan sus recursos en inversiones, que combinan maquinaria y trabajo de nuevos modos para producir nuevos valores de uso, solo lo hacen bajo presión. Desde el punto de vista de los propios capitalistas, prácticamente cualquier otra forma de obtener beneficios es preferible a la capitalista. Por lo tanto, el giro hacia nuevas modalidades de obtención de beneficios que no impliquen la contratación de mano de obra y su combinación con los medios de producción correspondientes no debe asumirse de ninguna manera como funcional para el capitalismo, aunque pueda resultar extremadamente rentable para los capitalistas.

⁸ Oskar Lange, «On the Economic Theory of Socialism: Part Two», *Review of Economic Studies*, vol. 4, núm. 2, 1937, p. 128.

⁹ Para el fundamento básico de este argumento, véase Robert Brenner, «The Economics of Global Turbulence», *NLR* 1/229, mayo-junio de 1998, pp. 26-29.

En tercer lugar, esta posición alternativa parece explicar mejor el hecho de que la tasa de beneficio en el sector industrial *no* se haya recuperado, algo que Harvey no puede explicar. Porque incluso si las afirmaciones de Harvey fueran convincentes desde el punto de vista teórico como explicación de la reacción de los capitalistas a los problemas de rentabilidad, seguirían enfrentándose a un importante desafío empírico. Si realmente estas fueran contratendencias a la caída de la tasa de beneficio, ¿por qué no han tenido, por lo visto, especial éxito hasta ahora? Hay pocas pruebas de que la construcción de aeropuertos y el recurso a las finanzas contrarresten el problema central de la caída de la tasa de beneficio en el sector industrial, un problema que tampoco parece resolver el supuesto intento de ampliar la «masa» de plusvalor mediante la contratación de más trabajadores.

Hay que plantear una última pregunta. ¿De qué sirve describir la inversión inmobiliaria fallida y la financiarización como un «sumidero» de capital fijo? Este tipo de lenguaje presupone desde el principio del análisis que todas estas cosas –sumideros, financiarización– son funcionales para el capitalismo. Pero, ¿por qué deberíamos suponer esto? Hacerlo implica pasar por alto uno de los hechos más importantes de la época contemporánea: la importancia cada vez mayor que tienen los mecanismos políticos en la determinación de la tasa de retorno. Como afirma el propio Harvey: «Los titulares de los derechos de peaje no producen nada; simplemente [!] cobran una tarifa por el uso del puente»¹⁰. Pero, ¿qué relaciones sociales contiene aquí la palabra «extraer»? ¿No es el punto fundamental del marxismo averiguar cómo, y con qué consecuencias, se extrae el plusvalor de los productores directos? Si es así, esta forma de extracción está constituida políticamente y, en tanto que tal, es de algo diferente del capitalismo de lo que hay que dar cuenta. Lo mismo cabe decirse de los inversores que disfrutaron de los beneficios de las burbujas de activos y de las subidas del mercado bursátil políticamente generadas¹¹.

Al incluir fenómenos tan cruciales como la generación de burbujas de activos y la financiarización en un turbio conjunto funcionalista en el que sirven para restaurar la rentabilidad capitalista, el planteamiento de Harvey socava nuestra capacidad de plantear la cuestión realmente

¹⁰ D. Harvey, «Proporción y magnitud. Perspectivas desde los *Grundrisse* de Marx», cit., pp. 104-105.

¹¹ Véase Robert Brenner, «Saqueo pantagruélico», *NLR* 123, julio-agosto de 2020.

decisiva acerca de la economía política contemporánea, a saber: ¿hasta qué punto está surgiendo una nueva forma de capitalismo basada en mecanismos políticos y asociada a una nueva forma de Estado y a un nuevo modelo de estratificación social? El análisis de Harvey hace imposible siquiera abordar estas cuestiones, ya que parte de la base de que incluso las actividades más evidentemente extractivas son, en última instancia, funcionales para la reproducción del capitalismo, al contrarrestar, de forma muy general, la tendencia a la baja de la tasa de beneficio.

La intervención de Harvey, en resumen, ofrece una buena ocasión para aclarar asuntos de importancia central para cualquier persona de la izquierda hoy en día. Por ello, debemos estar agradecidos. Sin embargo, también pone de manifiesto los peligros inherentes a asumir que todas las características de la economía política contemporánea son funcionales para el capitalismo: se trata de una fantasía que distrae de los verdaderos problemas a los que nos enfrentamos. Atrapado en un marxismo tolemaico cuya limitada visión solo es equiparable a su extraña autoconfianza, Harvey es incapaz de decir nada sobre la especificidad del momento actual. Seguramente será necesario un enfoque más sensible a la historia para navegar por las agitadas aguas que esperan a la humanidad en un futuro muy próximo.